

Letras Americanas

# LOS LEBRELES

En las callejuelas de una aldea, encontré unos lebreles que estaban los pobrecitos huérfanos de la mano amiga del hombre. Yo los advertí cuando más aguda era su hambre; estaban lanudos, con un pelo miserable y lleno de no se cuantas especies de parásitos y con la mirada implorando la atención de los que cruzaban a su alrededor. Me detuve a contemplarlos; les pasé, sin escrúpulos, una, muchas veces mi mano por aquella lana sucia, y decidí por un extraño y ridículo lirismo, llevarlos a mi casa para librarlos de la inclemencia del hambre y de la intemperie y de las maldades de los muchachos de la calle.

Mi familia protestó de aquellos huéspedes a plazo largo que llevé a mi casa. Más positivista que yo en esas cosas de la vida humana, previeron Dios sabe cuanta labor inútil en la crianza de los pobres animalitos vagabundos y pordioseros. Pero yo seguía preso del lirismo cursi que desde el primer momento me inclinó a llevarlos a mi lado, y puse todo mi empeño y toda mi atención en cuidar y darles mérito a mis cachorritos. Les hice una casa para que estuvieran amparados del aire y del frío y para que sus homónimos les guardaran toda clase de respetos—por que hasta en los animales la miseria y el abandono, originan dolores sacrificios a quienes los sufren—, y así vivieron mucho tiempo en la paz de mi hogar y a la luz solar de mis cuidados.

¡Qué hermosos y llenos de vida se pusieron mis lebreles!

¡Y qué linda era entonces su lana!

Recuerdo que uno de ellos era gordo, patato, en riña con la estética, en pugna abierta con la originalidad de la raza y con una cara y unos ojos muy corrientes en las personas imbéciles. Este patato, me dió más trabajo que todos los otros cachorros juntos; tenía por costumbre jugar con sus compañeros para que le perdieran el temor a sus instintos feroces, porque era el más malo de todos, y con esa conducta se apropiaba de los mayores beneficios. Patato, sin embargo, no servía para que sus compañeros le quisieran y le imitaran en su vida, porque era

egoísta e indomable, y jamás recibió con obediencia y de buen gusto el aseo exterior a que se le sometía cotidianamente, para librarlo de las repugnancias de las gentes y para hacer posible la estancia prolongada en el jardín de mi casa. Mas por piedad, siempre tuve para este mal cachorrito la misma atención que para los otros. Y así vivió hasta un día...

Otro de mis huérfanos era mejor hecho que Patato, tenía mejor figura, pero... como todo lo que está demás, solamente era figura, de una gomosidad exagerada y tonta que acepté y dejé pasar porque se trataba de un lebel. ¿Qué iba ni podía yo hacer en un pobrecito lebel?

Había otro, que, siendo de menos presencia que el anterior, era más resabioso, y su único deleite era ladrarle a la luna. Y así se pasaba horas enteras: ladrándole a la luna...

Los más vivían por vivir. Lo aceptaban todo y habían pacientemente cuanto la voz del amo ordenaba que hicieran. Eran unos buenos cachorritos. Pero había uno que me llamó mucho la atención. Este era el más pobrecito; con hambre siempre, dejó muchas veces de comer porque sus fuerzas no le permitían disputarse la comida como sus compañeros y convencido de que no podía hacer nada para mejorarse—ni aun con especiales atenciones para este cachorro esquelético y sarnoso—, se conformó el pobrecito con ser faderillo. Y de faderillo vivió siempre.

Así, entre aseos y vida regalada, vivieron de lo lindo mis lebreles, y crecieron, y se hicieron grandes y fuertes. ¡Había que verlos! Y un día—fué el día fatal para ellos—, malhumorados o celosos porque no dedicaba a ellos el tiempo que quise regalar a unos niños, intentaron rebelarse e irme encima, sin conocer—lebreles al fin—que el látigo es fuerte vencedor, cuando se agita en el aire y se pega con dureza, y para calmarlos, para contrarrestar sus iras y apagar sus instintos, con mi látigo flagelé los cuerpos débiles de los furiosos animalitos que rodaron por el suelo, en fuga bochornosa, hacia la miserable vida que antes hicieron...

NEMESIO LAVIE.



H. SUIZO



de José Quevedo Ros  
Casa recomendable de Estables y Viajantes.  
Paseo del Príncipe, 2. = Almería



— José Cañadas —  
CERVECERIA ESPAÑOLA  
Paseo del Príncipe, 11